

FilmoTeca
de Catalunya

FILMS

SPECIAL COLLECTION

50
cts.

JOAN BLONDELL



Las *TRES GRACIAS*..... de AMÉRICA.



(Foto: Pao)

AÑO VIII
Núm. 321

FILMS SELECTOS

Director:
I. ESTEVE QUINTANA

López Raimundo, 3
Teléfono 22890
BARCELONA

de Catalunya



GRACE BRADLEY (Foto: Paramount.)

FILMS
SELECTOS SUPLEMENTO

COMENTARIOS DE UN ESPECTADOR

Los encantos del "Cinema"

CONFIESE que en diversas ocasiones, en estos mis comentarios incidentales en torno a las cuestiones cinematográficas, me he dejado llevar de un impulso fiscalizador, excesivamente riguroso, cuya última consecuencia ha sido de incurrir en aque- crítica negativa tan ramente fustigada por Madame de Staël. Sintiendo impulsado por determinadas predilecciones estéticas, a veces me he forzado en analizar aquellos aspectos menos amables del «cine», naturalmente, no he hecho llevado de un prurito pedante de un afán de mortificar a nadie, sino únicamente influido por un constante deseo de superación y por un anhelo analítico.

Sea ello como fue, el hecho es que hoy no voy a incurrir de nuevo en ese pecado de que acaba de confesarme y, lejos de mostrarme riguroso con determinadas cosas del arte cinematográfico, quiero, por el contrario, complacerme en glosar los que podríamos llamar encantos del «cine», esto es, aquellos matices que prestan a este arte un atractivo seductor y despiertan cierta emoción estética.

Estos encantos abundan y se manifiestan en mil variados aspectos, cuya enumeración sería prolija. Son encantos, ora de orden personal, ora de naturaleza impersonal y generalizada. Los primeros pueden manifestarse —y se manifiestan ordinariamente— personificados en el atractivo de un artista, hombre o mujer: en el encanto de una sonrisa; en el hechizo de una mirada femenina; en la eutimia de unos movimientos, en esa atmósfera de seducción que pueden crear artistas como Marlene Dietrich, Joan Crawford, Greta Garbo, Mae West, Dorotea Wieck, Kay Francis y otras bellas mujeres que dejan una estela de recuerdo grato con sus creaciones.

Descendiendo a un terreno más minucioso, quizá no se hayan contado todavía las excelencias de unas bellas manos femeninas, señoriles, que accionan con distinción y que ponen una nota enjundiosa a una caricia, a un ademán de despedida, al ofrecer una flor, al pulsar el teclado de un piano o al acariciar la suave tersura de unas pieles...



...unas bellas manos femeninas, señoriles, que ponen una nota enjundiosa a una caricia, a un ademán de despedida, al ofrecer una flor. (Foto Paramount.)

Quizá tampoco se haya dicho todo de la belleza de unos ojos expresando muy diversos y encontrados sentimientos, ora de ternura, ora de amor, bien de pura simpatía, quizá de pasión, tal vez de odio... Ni la gracia inefable de una sonrisa de mujer o el regocijo de una franca carcajada en el hombre... hoy que, como decía Rabelais en el siglo XVI, la facultad de reír se va perdiendo.

Del artista, de uno u otro sexo, se desprende siempre cierta poesía que se comunica al espectador... Esa poesía perdura como un regalo de los sentidos, como un recuerdo agradable y constituye uno de los muchos encantos del «cinema».

Otras veces el encanto ya no reside propiamente en la labor, más o menos perfecta, del artista, sino en la índole misma del asunto que inspira el «film» o en la maestría desarrollada por sus directores con el fin de provocar esa emoción estética a que antes aludía. Ya recuerdo haber visto hace más de cinco años una bella película, «Amanecer», el magnífico poema de Sudermann, y a pesar

del tiempo transcurrido y de haber visto después millares de películas de la más diversa motivación, el encanto de aquel «film» subsiste lozano, reciente, fresco como si se tratase de un recuerdo de ayer...

En este género de emoción intervienen factores muy diversos. Aparte la labor interpretativa, los escenarios son elemento muy considerable... Una reconstrucción histórica acertada: exactitud en los trajes, en el fondo, en los ademanes, en el ambiente de la época... Luego, la vieja poesía de la Historia que se hace carne y carne joven... La emoción que produce ver vivir con cierta apariencia de realidad a personajes que admiramos largamente en nuestras lecturas... Se les ve vivir, sufrir, gozar, reír, trabajar, luchar... Se ve, en suma, la vida que fluye densa, bajo una apariencia humana, que a veces adquiere magníficas calidades de realidad...

He aquí, someramente, varios de los encantos del «cinema».

FRANCISCO CARAVACA

ERROL FLYNN

en ESPAÑA



Elly Demitz ajusta el objetivo a la cámara.
El protagonista, Errol Flynn, se prepara.

artistas más destacados de la pantalla, su fama como periodista es notable y ha escrito un libro de extraordinario interés sobre sus viajes y andanzas por el mundo. Y en cuanto a personalidad, hay que consignar que «ha vivido su vida», como se suele ahora decir, con la inquietud y dinamismo propios de nuestra época y de su generoso y atrevido impulso aventurero.

Hastado Flynn de la vida social que llevaba en Dublin, al acabar sus estudios dejó la casa de sus padres, y con sólo decir que a los veintiocho años ha dado ya la vuelta al mundo, daremos a nuestros lectores una idea de su inquieto temperamento. El legendario Oriente, las inmensas selvas de Nueva Guinea, los rincones inexplorados de los mares del Sur, le

CUANDO hemos colgado el aparato, seguimos todavía bajo los efectos de la sorpresa recibida. La llamada telefónica acababa de anunciarnos la llegada a Barcelona de Errol Flynn, uno de los prestigios más sólidos de la pantalla americana.

¿Será posible, nos preguntamos, que un artista de tal valía, deje el paraíso de Hollywood para visitar en estos momentos nuestro país, convulsionado por la más cruel de las guerras civiles?

¿No será una de tantas patrañas con las que tan a menudo, diríase, tratan de marearnos a los pobrecitos que hemos de escribir sobre cosas de cine?

Sin embargo, esta vez, cosa rara, la noticia ha sido confirmada. Y si nuestra palabra vale, ya que no procede de ningún departamento de publicidad, diremos para tranquilidad de nuestros lectores, que no sólo hemos visto a nuestro destacado huésped, sino que para mejor informarles hemos hablado con él. ¿Qué poderosos motivos habrá tenido Errol para visitarnos en circunstancias tan difíciles?

Los que siguen con interés las informaciones de FILMS SELECTOS hallarán la respuesta en la biografía completa que de este notable actor publicamos en uno de nuestros números anteriores. Errol Flynn, según los datos que en ella dábamos, los cuales hemos podido corroborar ahora personalmente, es hijo de un eminente catedrático de la Universidad de Cambridge. A nadie extrañará, pues, que el muchacho haya recibido una educación de las más escogidas que en estos tiempos se puedan dar. Es decir esto que se graduó con notas altamente favorables en la Academia de St. Paul, de Londres; que es un deportista acabado: ha ganado varios concursos de natación, es un experto boxeador y formó parte del equipo que Inglaterra envió a los Juegos Olímpicos de Amsterdam en 1928. En literatura y bellas artes su nombre ha adquirido un relieve extraordinario, pues, además de ser uno de los





Errol Flynn en el jardín de su casa de Hollywood.

naval, ¡qué sé yo! Por eso se marchó a Madrid; allí está el frente de lucha, donde el peligro ofrece segura atracción. Nos prometió, a su regreso, confiarnos sus impresiones. Lástima que su precipitada marcha nos haya impedido poder coniarlas a nuestros lectores.

¿Adónde irá ahora Errol Flynn? ¿Volverá a Hollywood o se irá a Tahití, a esa isla que se le ha representado tantas veces como un nuevo El Dorado y que él ya ha bautizado con el nombre de «Su isla perdida»?

Pero es igual; si no es ahora, más tarde o más temprano abandonará Hollywood. Errol permanecerá insensible siempre al lujo exigente de la ciudad del cinema. Su mirada vagorosa escrutando lejanos horizontes no es ras-

go muy propio de un gran actor. Por algo su pasado inquieta a los productores cinematográficos. «Quizás podamos retenerle un año —se han dicho—, pero no nos hagamos ilusiones, volverá fatalmente a sus viajes, a sus aventuras.» Y así se explica que, sin perder momento, le hayan sido preparadas estas magníficas producciones que ha interpretado en tan poco tiempo: «El capitán Blood», «La carga de la brigada ligera», «Luz de esperanza», «Nuevo amanecer» y «El príncipe y el mendigo», de las que sólo conocemos en España la primera.

Y para acabar añadiremos que cualquier «astro» de primera magnitud se daría por satisfecho de haber podido interpretar en una temporada uno solo de estos grandes films, que ya han conocido el éxito en las principales capitales del mundo.

J. E. O.

son poco menos que familiares.

Hace pocos momentos nos contaba con entusiasmo de niño grande la atracción que sobre él ejercen esas maravillosas islas oceánicas, en la soledad de cuyas regiones perdidas ha aprendido toda una filosofía de la vida.

—Una ansia de aventuras, un afán por lo desconocido, me empuja irresistiblemente hacia aquellas playas, sobre cuyas menudas y doradas arenas se estrella el misterio de las embravecidas olas.

Un dato muy importante se nos olvidaba, que ofrece no poca luz para comprender el espíritu aventurero de nuestro héroe. Y es que Errol es descendiente de aquel Fletcher Christian, alma del cobarde y trágico motín de la fragata «Bounty», hecho histórico que estos días hemos visto revivir en nuestras pantallas.

Hombre de tal linaje y de temperamento, espíritu y vocación como los desertos, ¡qué

de particular tiene que haya dejado la ciudad de ensueño que es Hollywood, la felicidad de un hogar apacible, los amorosos brazos y la atracción palpitante de su bella esposa, el hechizo de un ambiente que le procuraba millares de adoradores y hasta su seguridad personal, en fin, para lanzarse a la aventura de un viaje largo y peligroso?

Es más: nos atreveríamos a afirmar que Errol se ha llevado una decepción profunda de su visita a Barcelona. El se había imaginado, sin duda, sentirse atraído por el fragor de los combates en las calles, por el zigzaguear de trimotores y cazas en lucha desesperada con la muerte; quizás por la espectacularidad de un combate

Periodistas, amigos y personal de la Warner despiden al «astro» antes de tomar el auto que ha de llevarlo al aeropuerto.





Pilar Muñoz en una escena de «El cura de aldea».

DE CÓMO

Pilar MUÑOZ

FUE ARTISTA
SIN TENER
VOCACIÓN

Pilar Muñoz, ojos grises y cabellos rubios.



NO siempre influye el ambiente en la vida del individuo, ni siempre determina una vocación, muchas veces refleja. Pilar Muñoz es un ejemplo típico de la escasa influencia que ejerció el ambiente que rodeó su infancia en la determinación final de señalar a su vida una meta artística.

Pilar nació en Madrid hace veintidós años. Es hija del célebre actor Alfonso Muñoz. En consecuencia, no oyó hablar de otra cosa, durante su niñez, que de comedias y cómicos.

En general, a cualquier chiquillo le atrae mucho más el arte escénico que los libros de texto. Pero Pilar Muñoz era una excepción. Mientras sus hermanas imitaban los gestos y las «poses» de las ac-



Recia fibra dramática, fina sensibilidad artística... Todo esto posee Pilar Muñoz, la muchachita que no creía tener cualidades interpretativas.

frices más en boga y jugaban a representar comedias. Pilar se aplicaba a estudiar las lecciones que le habían señalado en el colegio de las Escolapias.

Terminados sus estudios primarios, Pilar empezó a cursar el bachillerato. El ambiente de farándula que se respiraba en su casa, y que constituía el encanto de sus hermanas, no le interesaba a ella en absoluto. Su suprema aspiración era terminar cuanto antes el bachillerato para ingresar en la Universidad y estudiar una carrera. La gloria artística, la fama, no significaban nada para aquella muchachita de ojos garzos y cabellera rubia.

Pero he aquí que la eximia Margarita Xirgu iba a estrenar «Cancionera», de los Álvarez Quintero, y se mostró muy interesada en que Pilar encarnara un papel de la obra, que se ajustaba a su edad y a su tipo. Pilar no estaba decidida, ni mucho menos, a aceptar; pero insistieron tanto su padre y Margarita Xirgu, que, por no disgustarlos, se avino a representar el papel, creyendo que, ante su fracaso —que ella descontaba por anticipado—, no le harían en lo sucesivo una nueva proposición de índole artística. Creía entonces Pilar Muñoz estar muy segura de su falta de temperamento y de

condiciones interpretativas. Sin embargo, bastó aquel ensayo para demostrar que la muchacha estaba completamente equivocada, respecto a sus cualidades de actriz. Pilar Muñoz fue una auténtica revelación, aun para ella misma, tan desconfiada de su talento de intérprete.

El éxito hizo variar de norte el porvenir de Pilar, que abandonó las aulas para ingresar en el teatro, formando parte de la compañía que encabezaba la gran Margarita Xirgu.

Cada nuevo papel que interpretaba la joven actriz, era una afirmación rotunda de su mérito y de su temperamento. Su nombre adquirió rápida resonancia y después de una serie de triunfos ininterrumpidos, pasó al Teatro Lara en calidad de primera dama, puesto en el que se ha mantenido hasta su ingreso en el cine, donde se va afirmando su personalidad, tan rápidamente como antes en la escena dramática.

HACE poco más de un año —1935— que Pilar Muñoz actuó ante la cámara por primera vez.

Florián Rey preparaba la filmación de «Nobleza baturra». Aún no tenía terminada la selección de artistas que habían de encarnar a determinados personajes del film, de orden secundario, pero de mucha responsabilidad artística. Pilar Muñoz, a quien conocía Florián Rey por su actuación en el teatro, fue una de las seleccionadas.

En su primera salida a la pantalla Pilar Muñoz demostró ya la calidad de su arte. Se mueve en el «plateau» con idéntica naturalidad y saltura que en el escenario. Con idéntica naturalidad, pero de modo distinto. Porque la cámara requiere un gesto y un ademán diferentes al de la escena teatral, en la que no existen los primeros planos, ni los ángulos del cine. Estas diferencias, tan esenciales, son las que amanan muchas veces al artista teatral cuando actúa en el «plateau». Pero ese amaneramiento, ese «rebio», no se advierte ni un solo momento en Pilar Muñoz, que sin conocer —prácticamente, al menos— los secretos de la cámara cuando trabajó en «Nobleza baturra», actúa con espontaneidad de gesto y de «pose», dando una impresión de naturalidad de movimientos.

Hacia falta, no obstante, una segunda prueba ante la cámara para que las cualidades de fotonía de Pilar Muñoz fuesen subrayadas. Podía darse el caso de que el personaje que encarnó en su primera película tuviese una psicología y un tipo que encajasen plenamente en su temperamento y en su figura. No habría sido éste el primer caso. Hemos visto cómo han descendido algunos artistas de la pantalla después de una actuación inicial acertada. No es necesario citarlos, porque no entra en nuestro propósito saber a nadie, pero no pueda darse de que algunos que empezaron en el cine con una magnífica creación de su personaje, no han vuelto a lograr ni una discreta interpretación al representar papeles sucesivos.

Pilar Muñoz, no solamente resistió afortunadamente esta segunda prueba, sino que se superó. En «La hija de Juan Simón» no interpreta ya una figura secundaria, sino que encarna a la protagonista. El papel de Carmen, en el film de José Luis Sáenz, requería una actriz de mucha fibra dramática y de fina sensibilidad artística. Y esa actriz ha sido Pilar Muñoz, que vive su difícil personaje, siendo carne y alma del mismo.

Ya no es posible dudar de que Pilar Muñoz es una de las mejores intérpretes de nuestro cine. Le han bastado dos películas —su tercera, «El cura de aldea»— para resplandecer como estrella de la pantalla hispana.

La muchachita de ojos garzos y rubios cabellos, que no creía poseer temperamento artístico y que no se dejó influir por el ambiente que rodeó su infancia y parte de su juventud, ha confirmado, de modo rotundo, que pertenece a una casta de gloriosos artistas: el actor Alfonso Muñoz, su padre, y Amelia Muñoz —muerta prematuramente, en plena juventud, en París—, su hermana, para la que hoy, y siempre, tenemos un recuerdo emocionado...

Mateo SANTOS

PROGRAMA

W
O
D
D
E
N
T



El «Chef» de los reporteros de la Metro, soborna a los artistas de la casa con heladas y golosinas. Los amistados que ha hecho el amigo reportero son innumerables. Vedle en un rincón de la despensa en plena confidencia con la encantadora Virginia Grey, más dulce que sus heladas.



No es que este cabeletero haga una soldadura oxígeno en la pierna de esta damisela. No; no es más que un simple —o, mejor dicho, complicado— pulverizador, que emplean los maquilladores de los estudios para hacer más fotogénicas las torneadas piernas de los artistas. (Foto Paramount.)

EL FABRICANTE DE RUIDOS

Mr. Hipkins, de Hollywood, tiene una fábrica de ruidos. Las casas productoras le pasan los pedidos por teléfono y es corriente oír encargos como éste:

—Señor Hipkins: para mañana, sin falta, necesito diez metros de «ulular de lobo», cinco de «apomazos de champañ», cincuenta de «ruidos de selva virgen» y cinco de «silbidos de balasa».

El señor Hipkins toma nota y al día siguiente lo manda todo cuidadosamente envasado en una caja.



PUESTOS A REFERIR CURIOSIDADES...

Oiga usted otra. Miss Lucia Coulter tiene una fábrica de ropa vieja. Aclarémoslo: Si se desea un vestido completo de mendiga, lo más razonable, el parecer, sería



Esperando al regresar del moridito, la noche en que el interfecto ha dicho que se iba a cenar con unos clientes, etc., etc. (Foto Columbia.)



Si bien en nuestra efímera y accidentada existencia tratamos de evitar el hacer el oso, reconocemos que hay casos circunstanciales en que está justificado hacer el oso. (Foto Columbia.)

alquilárselo a una de esas mendigas desarapadas que los ayunamientos de todos los países colocan en las esquinas. Pero esto tiene ciertos inconvenientes que no es preciso mencionar. Miss Coulter le prepara a usted en el acto un vestido de mendiga nuevito, en el que están equitativamente distribuidas las manchas, los zurcidos, los agujeros, las arrugas y los bordes charolados, que es una maravilla.

El negocio de miss Coulter se desenvuelve prósperamente.



Y SEGUIMOS DESLIZANDONOS POR LA PENDIENTE FATAL

Es ameno y divertido saber que en Hollywood se encuentra todo

LA GEOGRAFIA ES UNA CIENCIA...

Ella es una futura estrella. Puede que en un mañana próximo sea una gran estrella. Pa a ello cuenta con unas magníficas piernas, con un formidable par de piernas.

Como futura estrella de sonrosado porvenir económico, tiene muchos pretendientes. El más afortunado de todos es un joven escritor, a quien ha dicho que sí. En este momento, hacen proyectos para el matrimonio y se suscita el inevitable tema del viaje.

—¡Vamos a Europa!— dice él.
—¡No hará mucho frío en Europa?— pregunta ella.

—Más o menos, como aquí.
—¡Oh, no! Porque yo sé perfectamente que Europa es la región más fría de Inglaterra— afirma ella, segura de su ciencia.

El señor Mangrané, padre, es el autor del argumento de El deber y Nuevos ideales.

El señor Mangrané, hijo, es el autor de la música de ambas películas.

Iquino es el autor de El expreso de Andalucía y el escenarista de un film que en breve va a rodarse.

Es inútil decir que el padre de Iquino es el autor de la música de ambos films.

Parece que el simpático baritono de ópera señor Fuster, es el médico oficial de la Orpheo. Figura como doctor en todas las películas que se ruedan en el citado estudio.

Colombia, después de Sucedió una noche. Sucedió una vez y Sucedió sin querer, nos dará en breve Sucedió demasiado.



Brison dice que cuando se duerme la suegra, mejor que hay para prolongar la velada es atravesar los relojes una horita o dos. (Foto Paramount.)



En los estudios americanos ha empezado a emplearse una máquina para hacer nieve que fabrica cinco toneladas de blancos copos a la hora. Pero no creemos mucho en los virtudes frigoríficas de esa nieve de estudio. Uno se vuelve escéptico cuando ve esas alegres chicas jugando en la nieve con una indumentaria completamente tropical. (F. Paramount.)

CARMENCITA O LA BUENA COCINERA

Cuando tenga usted invitados —¡Dios no lo quiera!— y desee servirles algo original, prepare en una ensaladera los siguientes ingredientes:

Unas hojas de escarola.
Queso blanco rallado.
Unos trocitos de remolacha.

Espolvóreese con sal y aliñese con vinagre, aceite y zumo de naranja.

Esta especie de ensalada no es muy buena, lo reconocemos; pero si al servirla se tiene la precaución de anunciar que es un plato ideado por la graciosa Ginger Rogers, verá usted cómo los invitados la encuentran exquisita.

Hoy a aquí una fotografía histórica. De seguro que ustedes no creían que se trata de Claudette Colbert si no se la jurásemos con la mano puesta sobre el corazón. En efecto, así era ella el día que llegó a Hollywood, hace de esto bastantes años. Al menos ésta es la versión fotográfica de un minutero que la retrató a su llegada a la estación. (Foto Columbia.)

Encayando unos pasos de baile en una piscina. A pesar de su jovial sonrisa, él se ve en inminente peligro, como si dijéramos con el agua al cuello y exclama para su capote: ¡Soy hombre al agua! (Foto M. A.)



El último romántico. (Foto Metro.)

lo que se desea, desde el queso de Parma hasta los pimientos centroafricanos. Si necesita un tigre, le es mandado en el acto; si quiere un elefante, también, y si un hipopótamo, lo mismo.

Pero una vez, en un estudio se volvieron locos porque en pleno invierno necesitaban una mariposa. No había mariposas. Y tuvieron que fabricar una de papel.

Entonces, un caballero avispado, de gustos apacibles y delicados, se dedicó a la cría de mariposas. Invirtió en ello toda su fortuna.

No hay que decir que su casa quedó convertida en el más poético rincón de Hollywood. Pero, como las mariposas apenas salen en las películas, se arruinó.

De donde se infiere que en Hollywood le servirán un elefante en el acto, pero no encontrará mariposas más que en la primavera.



MARGARET SULLAVAN

hubiese estado destinada a ser una de tantas jóvenes educadas a lo puritano, como las «buenas familias» lo entienden en América, si su temperamento juvenil no fuese indomable. Nació en Norfolk (Virginia) el 16 de mayo de 1911 y es una gran soñadora. Su abuelo paterno era el coronel James Calvin Council. Su abuela materna era descendiente del coronel Meriwether Smith, el célebre revolucionario, y su abuela paterna era prima del general Robert Lee, descendiente del coronel Chowning, otro revolucionario.

La primera película de Margaret fue «Parece que fué ayer», en la que batió todos los records de la pantalla. Asentó su fama en «¿Y ahora qué?» y en «Una chica angelical» y «So red the rose», demostrando su gran habilidad en el arte. En «Dinner at eight» reafirmó su record mundial de la pantalla. Pero maravilla de maravillas es su actuación en «Amor y sacrificio», de la Universal también, en cuyo film asombroso exhibe sus mejores galas con su gran nuevo «partner» James Stewart.

JAMES STEWART

que con Margaret Sullivan tiene el papel principal en «Amor y sacrificio», de la Universal, nació en dos sitios: en Indiana y en Pensilvania. Esto, que parece una charada de «crealo usted o no lo crea», se explica por el motivo de haber nacido Stewart en la ciudad de Indiana (Pa.).

Desde hacia ocho años que el joven Jimmie empezó a interpretar y dirigir comedias basadas en los usos y costumbres de Indiana con sus muchachos. En Princeton James había logrado cierta maestría. En Nueva York debutó con «Good by again», con enorme éxito. Entonces sorprendió en Boston con su admirable papel, con Jane Cowl, en «Camille», entre otros éxitos del nuevo astro.

Desde entonces sus apariciones en la pantalla han sido numerosas. Así «Rose Marie» y «Amor y sacrificio» han llegado a ser su coronación perfecta. No sabemos si en este último film Universal Stewart supera a la Sullivan o bien ella a él por su formidable habilidad artística.

BIOGRAFÍAS BREVES DE LOS INTÉRPRETES DE

AMOR *y* SACRIFICIO



Margaret Sullivan y James Stewart en un magnífico film. (Foto Universal.)

Hay un refrán que dice que «el que viaja sola va más de prisa»; pero esto no puede aplicarse a dos recién casados, jóvenes, con aspiraciones opuestas en la vida, que se aman con locura, y, sin embargo... no tenían bastante para poder casarse y se casaron. Ya casados, no debieron tirar cada uno por su lado, en busca del ansiado éxito; pero lo hicieron. No creyeron que viviendo así podrían amarse, y se amaron, a pesar de que inmensos obstáculos se interpusieron entre ambos y de que las más dulces tentaciones les salieron o ambos al encuentro. Y es que no eran más que dos niños ebrios de amor y ciegos ante los amargos realidades de la vida.



(Foto Paramount)

Cary

GRANT

que es que
pero esto
recien cas-
ones opus-
con locura,
en bastante
casaron. Ya
r cada uno
antado del-
trayeron que
a, y se amo-
los ocu-
os y de que
les salient
que no eras
de amor y
alidades de

Luise

Filmoteca
de Catalunya
RAINER



(Foto M.-G.-M.)



(Foto M. B. - M. I.)

Norma **SHEARER**



Jan

KIEPURA

(Foto Paramount)

CAROLE LOMBARD

ex esposa de William Powell, aparece en algunas películas luciendo suntuosas toaletas que son confeccionadas a las pocas horas de haber sido hechos sus diseños en París.

yó que su vida de artista había terminado para siempre. Sin embargo, no fué así. Manos hábiles le atendieron y de su rostro huyó la espantosa señal. Los cirujanos operaron el milagro de su transformación, devolviéndole la tersura y la belleza que en ella habían sido naturales. La única huella que le queda es una casi imperceptible raya blanca que le cruza la mejilla. Entre las manías más características de Carole Lombard figura la de coleccionar estatuillas y chirimboles exóticos. Una vez pagó doscientos dólares por un incensario que caecía de valor. Cuando se lo compró a un chamarilero, éste le dijo:

—Es una verdadera ganga, créame usted. Este incensario fué de la famosa danzarina Mata-Hari. Es de bronce y aún conserva olor de perfumes quemados.

Pero, sí, sí, de bronce... De metal y con perfumes sin nombre. Esto no lo supo Carole hasta después de haberlo adquirido, cuando su lavanda fué a hacer entrega de la ropa y le confesó que ella se lo había vendido a un traperó por un dólar y éste a otro por doble precio.



LA ANÉCDOTA EN PRIMEROS PLANOS

La exquisita y elegante actriz Carole Lombard tiene en su dormitorio un teléfono muy artístico, con una figura de Mae West por mango. En algunas películas aparece luciendo suntuosas y originales vestidos, que fueron confeccionados a la hora de haber sido hechos sus dibujos en París. Los diseños le son enviados por telefotografía.

La ex esposa de William Powell todas las se-

manas, durante dos años, recibía una carta de un admirador cuyo nombre ocultaba. En cada misiva le incluía un dólar.

Las maravillas de la cirugía estética evitaron que se fuera al traste su carrera artística. Cuando comenzó a adquirir popularidad en el cine, un accidente de automóvil fué la causa de su tragedia. Al verse con una herida horrosa en la cara, tras permanecer algún tiempo vendada, cre-



JACK HOLT

filma RIVALES ETERNOS

ADAPTACION de una novela de Zane Grey, es una obra de interés creciente y emoción profunda, que cautiva y nos lleva a un desenlace de extraordinaria intensidad dramática. Su acción transcurre en el Oeste y entre gentes campesinas.

«Rivales eternos» es la humana historia de dos hombres, juntos siempre desde niños, que se enamoran de una misma mujer y todo lo sacrifican por ella, sin que el amor del uno o del otro entibie ni un instante su amistad.

Jack Holt y Gurni Williams encarnan a los dos rivales y Louise Henry interpreta a la ideal heroína. Erle Kenton les ha dirigido con singular pericia y el resultado es éste: una gran película.

Uno de sus episodios más interesantes se desarrolla en Cuba, en la provincia de oriente, durante la histórica toma de la loma de San Juan por los voluntarios del coronel Teodoro Roosevelt, que años más tarde fué uno de los presidentes de los Estados Unidos... Pero en ese episodio, justo es consignarlo, no hay ni la menor intención de ofensa o molestia para España, ni menos para Cuba. Se alude al suceso histórico con absoluto desapasionamiento.

Durante un descanso en la filmación de esta película hemos interrogado a Jack Holt. He aquí nuestra conversación:

—¿Qué podemos decir de usted a los lectores?

—Díganles que tengo seis pies y una pulgada de estatura y que peso ciento noventa libras...

—¿Siempre de buen humor?

—Aunque mi fama es la de un hombre muy serio, muy adusto...

—Muy amable. ¿Esta es su principal característica? Cuéntenos algo de su vida, de sus comienzos...

—En muy pocas palabras: estudié para ingeniero civil, con el propósito de dedicarme a los ferrocarriles, y acabé decidiéndome por consagrarme a los caballos... Y de los caballos pasé a las vacas... ¡Fui vaquero!... Me cansé pronto y me marché a Alaska, creyendo que allí me sería fácil encontrar oro... Pero me tuve que contentar con un modesto destino de cartero... Más tarde, por recomendaciones de mi padre, ingresé y me gradué en la Escuela Militar de Virginia... Ya graduado me fui a Oregón, me metí en un rancho, ¡y fui otra vez «cow-boy»!... Volví a aburrirme y me trasladé a San Francisco, donde no

supé hacer nada... Luego fui a Los Angeles, presentándome, ¡como uno de tantos ilusos!, en este Hollywood de nuestros pecados...

—¿Cómo debutó usted en el cine?

—¡Heroicamente! Iban a filmar «Salomy Jane» y el director necesitaba «un hombre» que, a caballo, se tirase a un revuelto torrente «desde una altura de más de treinta pies»... No vacilé ni un instante: ¡aquel «hombre» fui yo!... Desde aquel día, ya no me faltó trabajo en las películas y no pude hacer otra cosa... ¡Me condenaron a ser actor de cine por los siglos de los siglos!...

—¿Y no ha pensado usted en retirarse alguna vez?

—Si me retiro o «me retiran», ¡una vez más volveré al rancho! El eterno vaquero de la pantalla fuera de la pantalla...

Para servir a ustedes... Miguel de ZARRAGA



Jack Holt y Louise Henry en un momento del film.



Gurni Williams («Big Boy»), Louise Henry y Jack Holt en un interesante momento del film.

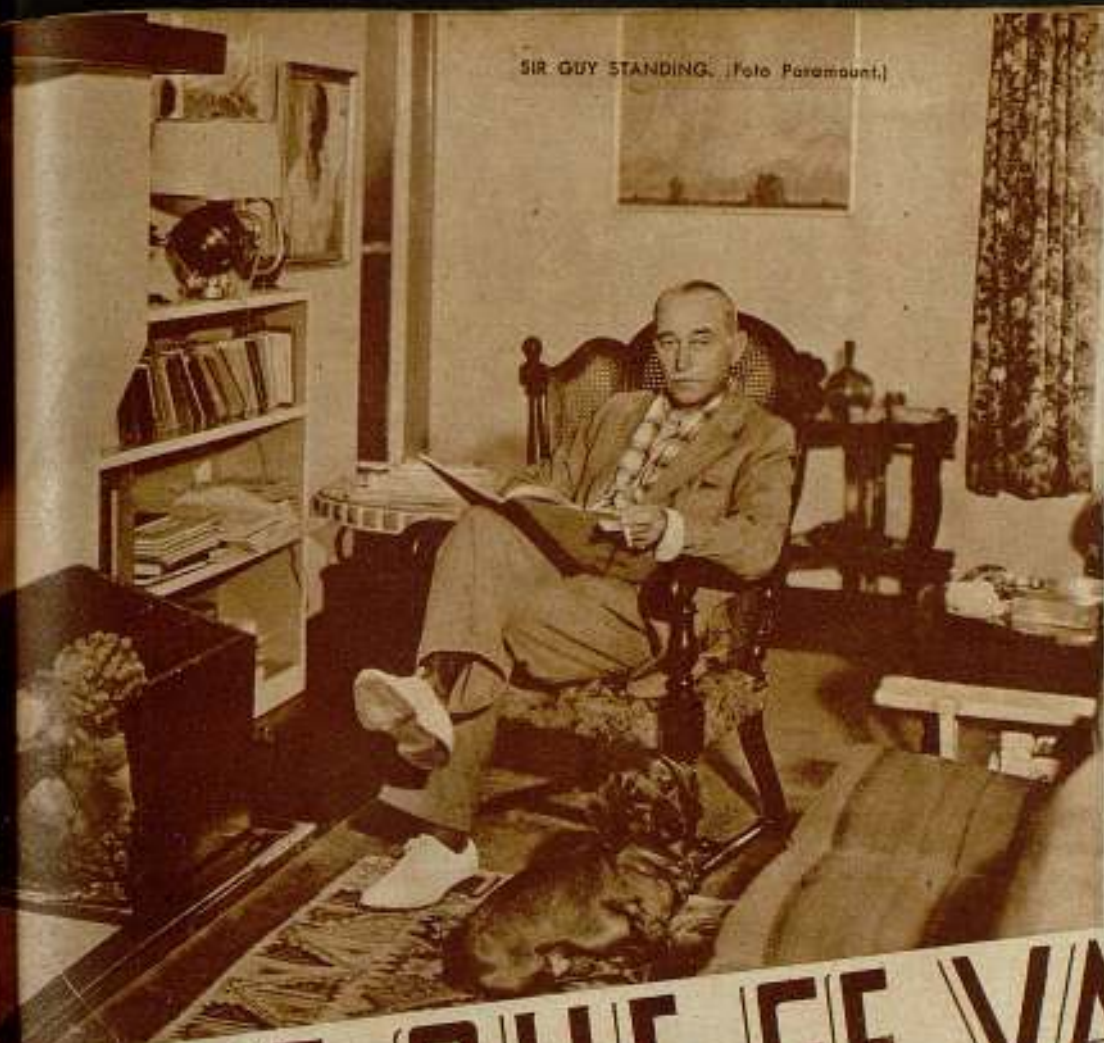


Jack Holt y Louise Henry

Hollywood, 1937

(Fotos Columbia)

SIR GUY STANDING. (Foto Paramount.)



FilmoTeca

siempre» y «Tres lanceros bengales».

Esta última, que ya hemos visto, y «La última singladura» y «El general murió al amanecer», que aún no se han estrenado en España, son las interpretaciones que le han dado fama mundial.

La celebrada actriz Kay Hammond es hija de este gran actor que acaba de desaparecer.

ROSS ALEXANDER

Otro actor, aunque más joven, acaba también de fallecer en circunstancias que no nos ha sido posible esclarecer. Se trata de Ross Alexander.

Sea cual fuere el motivo, no por esto deja de ser sensible esta nueva baja en las filas de los más destacados intérpretes del cine actual. Ross Alexander se hallaba ya situado en lugar envidiable entre las primeras figuras del cine. De su juventud, de su talento y sensibilidad artísticos, eran de esperar aún actuaciones meritisimas.

Su interpretación más destacada y que le valió fervorosos elogios fué en el gran film de la Warner «El sueño de una noche de verano».

LOS QUE SE VAN.....

ROSS ALEXANDER. (Foto Warner.)

SIR GUY STANDING,

el admirado actor del cine americano, ha muerto repentinamente en Hollywood víctima de un síncope cardíaco. Se encontraba en el garage de su casa, cuando, súbitamente, se desplomó.

Momentos antes había declarado que nunca se había sentido tan bien!

Sir Guy Standing era el hijo más joven del famoso actor británico Herbert Standing. En 1889 —actualmente contaba 63 años— apareció por vez primera en las tablas, donde actuó hasta 1914. Tomó parte en la Gran Guerra, al servicio de la marina, habiendo merecido diferentes condecoraciones por su arrojo y bravura. Adolph Zukor fué el hombre que descubrió el talento de Sir Guy y le arrancó la promesa de que volvería a Hollywood cuando en 1914 abandonó la ciudad del celuloide para servir a la patria. Pero no fué hasta pasado mucho tiempo que Sir Guy regresó a Hollywood, y en 1933 firmó un contrato con la Paramount, tomando parte en las siguientes películas: «El águila y el halcón», «Canción de cuna», «La hiena», «Curvas peligrosas», «Ahora y





Speedy Dado, uno de los boxeadores más celebrados de la categoría de pesos gallo, abandonó su carrera en el cuadrilátero para actuar de chofer y protector de la famosa estrella Mae West. (Foto Paramount.)



Joan Crawford hace los honores en una fiesta dedicada al productor Lawrence Weingarten en un escenario de la Metro.



Fred Perry, el campeón mundial de tenis, que acaba de firmar un contrato para actuar como actor, después de jugar un partido con Clarence Sherry y June Wilking, que aparecen con él en su primer film.



Robert Taylor con Richard Patience y John Abbe, autores del famoso libro «La vuelta al mundo en once años». Taylor fue la primera persona que los famosos y juveniles escritores quisieron ver al visitar los estudios Metro-Goldwyn-Mayer.



Cecil B. De Mille, famoso realizador, posee un salón de proyección en su casa. En esta fotografía lo vemos contemplando una escena de su reciente producción «Buffalo Bill». (Foto Paramount.)



Estrellas de ayer que han sido contratadas de nuevo. Posan ante la cámara, esperando ser reconocidas por los aficionados. De derecha a izquierda, Florence Lawrence, Flora Finch, King Baggot, Jack Gray, Mahlon Hamilton, Robert Wayne, Jules Cowles, Naomi Childers y Helene Chadwick. (Foto Metro.)



¡Hawái!... Durante su reciente viaje a las islas Hawai, Bing Crosby asistió a fiestas en que se bailaban danzas típicas del país.



Una estudiante de la Universidad de Pomona conversa con Robert Taylor, durante la visita que éste hizo a la institución en que se graduó. (Foto M.-G.-M.)



Edward Arnold y su doble Bill Hoover, durante la filmación de «Hijo y rival». (Foto United Artists.)



Charlie Chaplin y Paulette Goddard en la villa que Chaplin tiene en Beverly Hills y donde actualmente el gran mímico está preparando el argumento de su próxima cinta, «Producción número 6». (Foto United Artists.)



David O. Selznick, presidente de Selznick International, recibe la medalla de la Liga de Naciones como premio al alto mérito de su producción «El pequeño lord». Cuatro dignatarios extranjeros hicieron la presentación en Hollywood. De izquierda a derecha, el marqués C. Grimaldi, cónsul de Italia; F. E. Evans, cónsul británico; Selznick; Armando Fleury de Barros, cónsul del Brasil, y Jean Joseph Viala, cónsul de Francia. (Foto United Artists.)

Instantáneas

INTERPRETES:

Freddie Bartholomew
Dolores Costello Barrymore
C. Aubrey Smith

FILM «ARTISTAS ASOCIADOS»

NOVELIZACIÓN DE «JUANAN»

EL doctor salió del cuarto y, con aire apesadumbrado, dirigióse a la criada, cuya cara resplandecía en la penumbra del pasillo como una mancha livida:

—¿Ha muerto como un héroe?—
La doméstica quedó helada de espanto. Abrióse la puerta de la habitación y una mujer joven, con los ojos inmensamente agrandados por la pena, salió de ella y rozando al médico y a la criada como si no los viese, entró en la habitación frontera a la del difunto. Una voz la recibió:

—¿Cómo está papá, «Adorada»?—
«Adorada», o más bien, la señora Errol, sentíase desmayadamente y, abriendo los brazos con un gesto de infinita tristeza, dijo:
—Está mejor. ¡Mucho mejor! No lo verás en mucho tiempo, pues ha emprendido un viaje muy largo.

La figura de un niño se refugió, gimiendo, en los abiertos brazos. Madre e hijo lloraron desconsoladamente unos minutos. La cabeza rubia de la madre resplandecía sobre la negra del infante. Y éste, desahogada, exclamó:

—No te preocupes, «Adorada». ¡Yo cuidaré de ti, por papá!

Los brazos maternos le estrecharon fuertemente.

HASTA la habitación parecía participar de la alegría de la señora Errol. La fiel criada no podía estarse ni un minuto quieta; su figura nerviosa y pequeña moviase constantemente entre la señora Errol y una llamante bicicleta, que reposaba en el centro de la estancia. Por la ventana abierta llegaban a sus oídos los gritos de los vendedores ambulantes. Estaban en Nueva York, en el año 1884 y, por más señas, en el día del cumpleaños de Ceddle.

La señora Errol, queriendo ver confirmado lo que para ella era un hecho seguro, preguntó a la doméstica:

—¿Crees que le gustará?— Y, al mismo tiempo, acariciaba con sus afilados dedos el barnizado cuerpo del biciclo.

—Sí, señora —contestó, con los ojos brillantes de alegría y excitación, como si fuese ella la obsequiada con tan magnífico presente—. ¡Será el niño más feliz de Brooklyn!

—La había deseado tanto tiempo! — comentó la madre, temerosa de las futuras caídas y golpes.

En su cariño, así se arrepentía de haber comprado el velocipedo.

Sonaron unos pasos que subían saltando la escalera. La señora Errol y la criada apresuráronse a tapar con una manita el luciente cuerpo del regalo. Entró Ceddle.

Era un niño de nueve años. Su cara respiraba salud, distinción y bondad. En una mano llevaba un libro; en la otra, una espada de madera.

—¡Hola, «Adorada»! —saludó—. ¡Hola, Sally! —Y agitada excitado el libro—. Mira qué libro me han dejado. «Robin Hood».

—Es muy bonito —aprobó la señora Errol.

Sally no hacía más que mirar impacientemente al niño esperando que descubriera el regalo.

—Que si lo es! Fíjate en esta parralo: «Retroceded y no le toquéis ni un solo caballo, si no queréis trabajar conocimiento con mi espada» —leyó, agitando en tanto la espada de madera—. Mamá, tú serás la heroína y me pedirás socorro. Yo te defenderé de nuestros enemigos. — Todo sucedió conforme a los papeles que repartió. Dando mandobles y cuchilladas al aire, iba retrocediendo de espaldas al presente. Por fin, y con un gran suspiro de Sally, su cuerpo chocó con la bicicleta.

Es imposible describir el asombro y la alegría de Ceddle. Sus gritos y exclamaciones conmovieron a la señora Errol y a Sally. Tan pronto tocaba el timbre, como hacia girar los pedales. Sus manos no paraban: pasaban y repasaban sobre los puntos que atraían más su atención. De pronto volvióse y abrazó fuertemente a su madre.

—¿Qué buena eres, «Adorada»! ¡Has realizado el sueño de toda mi vida!

—Mientras no te hagas daño...

—¿Qué val soy el mejor ciclista de Nueva York —ufanose excitado—. Y ahora, si me dejas, la voy a probar, y de paso se la enseñaré a Dick y al señor Hobbs.

Le acompañaron hasta la calle. Ceddle montó y tras saludar con la mano a su madre y a Sally, emprendió el camino por la acera. Su primera parada fue la habitual. La hizo por costumbre y para que fuese admirado su regalo por una de las personas que más le apretaban: la vendedora de manzanas. Irlandesa de origen, de edad, según afirmaban, centenaria, sentía por Ceddle, como todas las personas que le conocían, un fuerte cariño.

Por distracción, intencionada o no, la vendedora no se fijó en el regalo del que tan orgulloso estaba Ceddle. Sin embargo, felicitóle por su cumpleaños. Ceddle compró la manzana cotidiana y, haciendo alardes de una diplomacia superior a sus cortos años, encaminó la conversación a la parte deseada.

—Saber montar una bicicleta tiene su mérito, ¿verdad?

—Mucho —afirmó la anciana, agitando, al mover la cabeza, las ajadas flores que adornaban su sombrero.

—Si yo tuviera, además de saber montar, una bicicleta nueva, podría estar orgulloso, ¿verdad? —volvió a preguntar mientras su dedo pulgar pulsaba el timbre. La vendedora dióse cuenta de la intención y del juguete de Ceddle.

—¿Qué bicicleta más hermosa! —alabó—. Pocas he visto como ésta. Hasta yo, si me lo permitieran más doloridos huesos, sería capaz de montarla.

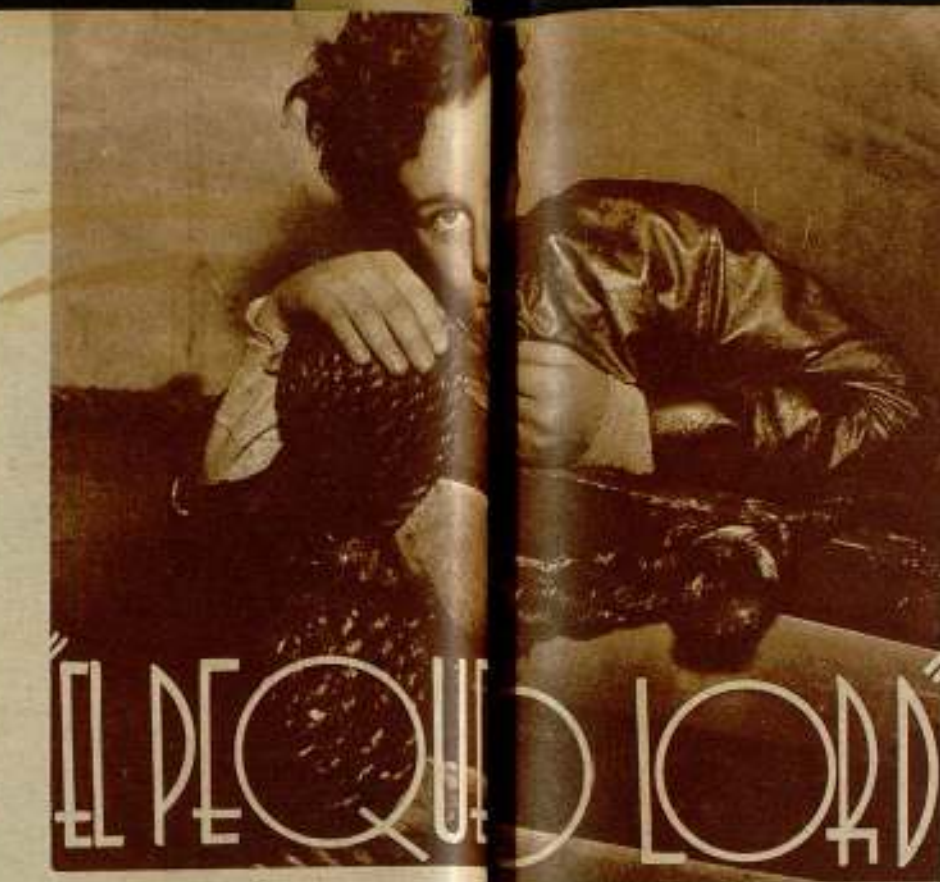
En vista de la aprobación de la anciana, y después de despedirse de ella, Ceddle demostró, en su honor, su maestría de ciclista. La mirada de la vendedora le siguió, temerosa de que le ocurriera algún daño. Su próxima visita, si así se la puede llamar, era para Dick.

Este gran personaje era un limpiabotas, que tenía algunos años más que él. Compañero inseparable suyo, y su defensor en las innumerables peleas que tenía que trabar Ceddle para librarse de las bromas, un tanto pesadas, de que era objeto, pues los pilletes del barro no podían soportar su aire distinguido y el cariño que todos le profesaban, poseía una parcela bastante grande de su corazón. Dick era un pillete dotado de un gran desparpajo natural, muy necesario, por otra parte, para alternar con las desgracias con que el destino le obsequiaba. Lo único que lamentaba era no poder poseer el suficiente capital para montar un puesto de limpiabotas.

Ceddle tuvo que bajar de la bicicleta para poder pasar al otro lado de la calle, cuyo piso estaba levantado y con grandes montones de tierra por las obras que se verificaban en ella. Sentados en la escalera de una casa estaban los golfillos que integraban la cuadrilla más entablada y fuerte de todo el barrio, cuando Ceddle, bicicleta en mano, pasó por delante de ellos. Como un solo hombre se pusieron a seguirle y a zaherirle. Burlábase uno de su acento inglés; otro, de su pulcra manera de vestir. Pidieronle, en fin, que les prestase, o algo que se le pareciera bastante a esta palabra, la bicicleta.

La imaginación de Ceddle trabajó activamente. Si les dejaba el velocipedo, su destrucción era segura; si no, la pelea inminente. Los dos cosas le repugnaban. Pesease se lo tenía prohibido su madre y a él le repugnaba por su carácter pacífico y bondadoso. Pero, sobreponiendo su amor a la bicicleta a todas las demás hechas, negóse.

Un grandullón le empujó, haciéndole caer. Ceddle se enderezó y, lanzándole una pella de tierra mojada, atacó a todos, que no eran pocos. Mal lo hubiera pasado, si los gritos de la contienda no hubieran llamado la atención de Dick, que estaba oti-



ciando en los zapatos de un caballero. Entre la amistad y el trabajo, no había duda. Los gritos de Ceddle hicieronse apremiantes y Dick, tirando con fuerza el cepillo al suelo, corrió y enzarzose a pegar puñetazos a más y mejor. Los gritos de los vendedores y las exclamaciones de los vendedores atrajeron a un policía. Los pilletes desaparecieron como agua en un cesto.

Dick y Ceddle miraban amorosamente a la causa de la contienda. Ceddle prometía a su amigo que sería el primero en montarla, cuando el guardia salvador dió un disgusto a Dick. Le hizo limpiarle las botas. Refunfuñando y no pensando nada bueno del cuerpo de seguridad —¿a quién se le ocurría frustrarle su diversión preferida?— obedeció. Ceddle no tenía nada que hacer allí.

—Te espero en casa del señor Hobbs —le dijo.

—No sé si podré ir. Tengo que despedir a mi hermana Ben, que se va a Chicago.

—Bueno, de todas maneras, ven.

La fantasía de Ceddle se exaltó con sólo la mención de una ciudad apartada de Nueva York. Vio osos, pieles rojas y tiro en todas partes.

El señor Hobbs tenía una tienda de comestibles y en ella iban a celebrar el cumpleaños de Ceddle. El cariño que le profesaba éste hacía aparecer al señor Hobbs en todo, como si fuera el oráculo de todas las sabidurías. El cariño era recíproco y el tendero, que era de edad un poco más que mediana, calvo, de cara redonda y sonriente, pensaba constituir a Ceddle en socio suyo.

En el momento que entró Ceddle, leía, cosa rara en él, un periódico, con cara cenuda. Saludó al muchacho y le deseó grandes felicidades y, después de comunicarle su alegría por su regalo y que tenían que esperar a Dick para la merienda, volvió a la lectura. Ceddle se sentó cómodamente en un barril; su cara estaba sucia, su traje maltrecho por la lucha, pero respiraba felicidad por todos sus poros. El señor Hobbs dejó escapar una exclamación despreciativa.

—Fíjate, Ceddle! —dijo, mostrándole una fotografía de una fiesta en el palacio de Buckingham, y que representaba a una multitud de lóres en traje de gala—. No se quitan la corona ni para comer. Los desprecia. Son unos tiranos, y si que me enarcarían las defensas si en uno de mis barriles.

—¿Qué es un conde, señor Hobbs?

El apuro del tendero fué grande. Tenía una vaga idea de lo que pudiera ser un lord.

—Pues... algo así, aunque menos, como el presidente de los Estados Unidos.

—No me gustaría ser lord —dijo Ceddle, ante la amenaza del señor Hobbs. Un barril era su asiento preferido—, pero si ser presidente.

—Seguramente lo serás —afirmó con cariño ilimitado el señor Hobbs.

En aquel momento entró corriendo Dick. La fiesta iba a comenzar, pero entró Sally y asiendo de la mano a Ceddle, le dijo:

—Ven a casa. Ocorre algo importante.

—¿Está enferma mamá? —preguntó con ansiedad Ceddle.

—No. Ya verás lo que es. —Y casi sin despedirse se marcharon, lamentándose Sally del desgraciado aspecto que presentaba el niño y excusándose ésta.

En su casa, su madre conversaba animadamente, con cierto espanto en los ojos, con un caballero anciano, de presencia seria y agradable.

—Como usted sabe, señora, su esposo era el hijo segundo de lord Devincourt.

—Sí, señor Havisham.

—Vengo, pues, en representación de mi cliente, para llevarme su hijo a Inglaterra, en donde será lord Fauntleroy, título que le corresponde por la muerte de su padre.

El hijo de lord Devincourt, al primero mi refiero, murió sin sucesión y, por tanto, la herencia corresponde a su hijo de usted.

Ostentará el título de lord Fauntleroy hasta la muerte de su abuelo, que heredará el título y las posesiones de éste. Pero ha de ser con la condición dolorosa —dijo, mirando comprensivamente a la señora Errol— de que usted no lo vea hasta su mayoría de edad bajo ningún pretexto.

—¿Me separa de mi hijo! —Eso no será nunca! Mi suegro me odia.

—Sí: por ser americana. Tiene el concepto de que todas las norteamericanas son desobedientes y groseras. En cuanto a separarle de su hijo..., no es tanto. En Inglaterra ha dispuesto una casa para usted y una crecida pensión anual. Me atrevo a aconsejarle que acepte por el bien de su hijo.

—Así lo haré. ¡Pero es cruel, terriblemente cruel! Yo se lo diré a Ceddle, no se moleste usted en hacerlo. Dígame —quiso saber la señora Errol—, ¿a qué se debe ese súbito interés de ver a su nieto y tenerlo junto a sí?

—A la soledad y al temor de que se extinga la raza.

En aquel instante entró Ceddle, compuesto hasta tal punto que nadie hubiera creído en una reciente pelea. Al ver a un extraño, detúvose.

—¿Me necesitabas, «Adorada»?—

El señor Havisham contempló complacido su figura señorial. La señora Errol presentólos.

—El señor Havisham, que viene de parte de tu abuelo; mi hijo Ceddle.

—Tanto gusto, lord Fauntleroy.

La sorpresa impidió que Ceddle respondiera. (El lord pidió explicaciones y le narraron el suceso, sin tocar la parte delicada de él. Una vez enterado murmuró:

—¿Qué dirá el señor Hobbs?

—Durante la cena, el señor Havisham estudió el carácter (ésta era una de las órdenes de lord Devincourt) de Fauntleroy. Halló en él un considerable fondo de bondad y, aprovechando un momento que la señora Errol se levantó de la mesa, preguntó:

—¿Te gustaría tener dinero?

—Sí, señor.

—¿Qué harías con él? —preguntó sonriente el señor Havisham.

—Pues... dudó un momento, mientras ordenaba sus ideas— le compraría una estufa y un chal a la vendedora de manzanas, que es tan vieja, que dice que le crujen los huesos de frío. Después, le compraría un puesto a Dick, para que pudiese hacerse rico, y le regalaría una pipa al señor Hobbs.

—¿Nada más? —inquirió el abogado. La señora Errol entró.— ¿Y para ti?

—La cumbre de mis sueños: un potrero —respondió Ceddle con mirada ensombrada—. Pero ya sé que se necesita tener mucho dinero para eso.

—Te tengo que dar una cosa de parte de tu abuelo —dijo el señor Havisham, sacando una cartera—. Veinticinco dólares para que hagas de ellos lo que quieras.

Tal cantidad le pareció exorbitante a Ceddle, que en su vida no había poseído más que unos centavos.

—¿Me permiten ausentarme unos momentos? La vendedora estará a punto de marcharse.

Y obtenido el permiso acompañado de una comita de los comensales, desapareció corriendo.

Volvió al cabo de unos instantes, andando lentamente, como preocupado, y ante las miradas inquisitivas de su madre y del abogado, dijo murmurando:

—Nunca había visto llorar de alegría! ¡Qué bueno debe de ser mi abuelo!

El abogado ocultó con la mano una sonrisa irónica.

Llegó el día de la partida a Inglaterra. Ceddle se despedió de la vendedora de manzanas, que lloraba conmovida. Después, de Dick, instalado ya en su puesto. Esta despedida fué penosa, pues ninguno de los dos se atrevía a decir la última y dolorosa palabra, y Dick, para que conservase un recuerdo suyo, le regaló un pañuelo para que cada vez que lo usase se acordara de él.

Entró en la tienda del señor Hobbs, provisto de la deseada pipa y un reloj con una inscripción conmemorativa. El bueno de Hobbs hallábase como atontado y no hacía más que enjugarse la frente y la calva de un sudor imaginario. Tan apenado estaba, que hasta le perdonó el que fuera lord. Cuando la puerta se cerró tras Ceddle, echóse a llorar como un niño.

EL coche que llevaba a la señora Errol, al abogado y a Ceddle —nos vamos precisados desde este instante a llamarle Fauntleroy—, paróse ante la hermosa mansión que iba a ser la residencia de la madre de Fauntleroy.

Sally, en posesión de su cargo de ama de llaves, de la que estaba muy satisfecha, salió a recibir el coche. Dos criadas y Sally componían el servicio de la casa. Esta era tan hermosa, por el interior como lo indudaba su aspecto externo, y visitándola y contemplando el panorama que se divisaba desde las ventanas, pensó en el día volando.

En el salón estaba Fauntleroy jugando con un bonito gato regalado por el ama de llaves de Devincourt. Un tanto apartados de él, su madre y el señor Havisham conversaban en voz baja.

—Mañana es la separación —dijo el abogado.

—No le he dicho todavía nada —respondió la madre, tomando el comentario de su interlocutor como una advertencia—. Me sabe mal hacerle daño. ¡Me siento cobarde e incapaz de hacerlo!

Lo comprendo, señora. Ahora, con su permiso, voy a visitar a Devincourt.

Una vez se hubo marchado el señor Havisham, la madre de Fauntleroy se dirigió hacia su hijo, que continuaba jugando amistosamente con el gato, y dijo:

—Ceddle, te tengo que decir una cosa.

—¿Qué es, «Adorada»?

La madre le alzó de una mano y, sentándose en un diván, le abrazó estrechamente.

—Ceddle, nos tenemos que separar.

—¿Así... ¿no vivirá contigo en esta casa?

—preguntó asustado Fauntleroy—. ¿En dónde morará yo?

En Devincourt; con tu abuelo. —Y al ver la triste expresión y el lamento llanto de su hijo, añadió:— No temas. Nos veremos de vez en cuando; tú me explicarás las personas que vayas conociendo, y lo mismo haré yo.

Como si fueramos exploradores, ¿verdad? —comentó Fauntleroy, haciendo esfuerzos heroicos para contener su llanto. Pero no pudiendo contenerse por más tiempo, se arrojó a los brazos de su madre. Y madre e hijo lloraron desconsoladamente.

Mientras la narrada escena tenía lugar, el señor Havisham llegó a Devincourt, separado escasos kilómetros de la mansión destinada a la señora Errol. Encontróse en la puerta con el administrador, que salía del castillo con alegre talante.

—Tan satisfecho como siempre. ¿Qué humor es el del millor esta noche?

—Pésimo. Acaba de desahuciar al colon Higgins, porque no pagaba puntualmente las rentas debidas.

Y al decir esto se rió maliciosamente.

Entonces, ya sé a qué se debe su alegría. —Al lanzar esta pulla, hasta demastado fina para la gruesa epidermis del administrador, en el umbral de la puerta apareció el mayordomo, que le invitó a que entrase por medio de una reverencia.

—¿Cómo está de la gota el millor? —preguntó el abogado.

—Con decir que su humor es terrible, queda dicho todo.

Y anunciado por el mayordomo, penetró en el salón.

Devincourt era un hombre alto de cuerpo, de facciones duras y prominentes. Ostentaba un enorme bigote y su rasgo más característico lo constituían sus pobladas e hirutas cejas.

—Bien, bien —dijo con impaciencia y dando fuertes golpes con el bastón en el suelo, una vez se hubo sentado Havisham—. Dígame cómo es mi nieto.

—Es un guapo chiquillo —contestó el abogado.

Refunfuñó el anciano lord al oír la respuesta. Miraba desconfiado a su interlocutor.

—¿Qué carácter tiene? ¿Qué piensa de mí? ¿Viene a gusto a vivir conmigo? ¿Está bien educado? —preguntó apresuradamente.

Con su permiso, millor, responderé ordenadamente a esa avalancha de preguntas. Su carácter es extraordinariamente bondadoso y dulce. En América era muy querido por tales cualidades —el abuelo bufó despreciativamente—; la opinión que tiene de usted no puede ser más benigna, le está muy agradecido por el dinero que le di de su parte y del que no pudo hacer mejor uso; cree que usted es un dios de bondad. Su tercera pregunta se la contestará mejor, sin duda, él que yo. Respecto a urbanidad, no deja nada que desear.

Las duras líneas faciales del misántropo lord, al oír la descripción, se habían ido dulcificando, cosa que tratada de ocultar como una muestra de debilidad.

Cuando Havisham lo dejó solo, apoyó pensativamente la barbilla en el puño del bastón, mientras contemplaba extáticamente el fuego.

LORD Fauntleroy —anunció con potente voz el mayordomo.

Fauntleroy miraba maravillado en su derredor, sin percatarse de la presencia de su

abuelo, oculto por el respaldo de su sillón preferido. Dougal se levantó y, sin hacer caso de la orden conminatoria de su amo y ante la extrañeza de éste, se acercó moviendo amistosamente la cola al niño.

—¡Acércate, Fauntleroy!— ordenó Devincourt, en vista de que su nieto continuaba su inspección.

Obedeció el infante; su agradable aspecto fue grato a su abuelo, que esperaba hallar en él los rasgos acusados de su familia.

—¡No te pareces absolutamente en nada a los Devincourt!— exclamó el anciano.



—Papá decía que me parecías mucho a «Adorada».

—¿Quién es «Adorada»?

—Mamá, Papá solía llamarla así, y como a mí me gusta mucho el epíteto, también lo hago.

Extraño de su bolsillo un dije, en cuyo interior había una fotografía de su madre. Tomó el anciano con repugnancia, pero, al observar el grato y culto aspecto de su nuera, esbozó un gesto de satisfacción.

Abuelo y nieto hablaron de las amistades de Fauntleroy, de la vendedora de manzanas, de Dick y del señor Hobbs, cuyo recuerdo era venerado fervorosamente por el niño. Hizo sonreír a Devincourt al compararlo con él y al oír las ideas del buen hombre y de la opinión que de los lares tenía.

—Es casi tan bueno como tú— exclamó Fauntleroy, de cuya memoria no se apartaban los veinticinco dólares.

El anciano se quedó viendo visiones. Precisamente, por su carácter misántropo y duro, todo el mundo tenía de él un concepto bastante malo. Exigía el pago puntual de las rentas y, si no lo hacían así, los inquilinos eran arrojados prontamente de sus campos. Los criados le temían; por lo tanto, la llegada de Fauntleroy había sido para ellos un rayo de sol. El fondo noble de Devincourt protestó.

—No lo creas. Soy bastante duro con la gente.

No podemos decir cuál hubiera sido la respuesta de Fauntleroy, pues en aquel momento el mayordomo les avisó que la comida estaba servida. Este era el punto del día más temido por el anciano. Levantar la pierna enferma del escabel le producía unos dolores terribles, que se veían aumentados por tener que andar hasta el comedor.

Abuelo, apoyado con una mano en el hombro. Soy bastante fuerte— ofreció el niño, pues el anciano requería los servicios del mayordomo para hacer el terrible tránsito.

Dvincourt tomó al pie de la letra la inclinación y recostó todo el peso de su cuerpo sobre Fauntleroy. Dieron unos pasos y el niño se inclinaba ostensiblemente hacia el suelo.

—Eres robusto. Todos tus antepasados lo fueron— e indicando a un cuadro—. ¿Ves ese personaje? Pues partía barras de hierro con las manos.

El anciano estaba sumamente orgulloso del niño. La comida no hizo más que afirmar el incipiente cariño que empezaba a sentir por su nieto. La ingenuidad de Fauntleroy y sobre todo su bondad, tocaron la

cuerda sensible de su corazón, endurecido por lo que él creía que era a causa de la maldad de los hombres.

El día pasó rápidamente para los dos. A la siguiente mañana, Mordaunt, el pastor, no pudo dar crédito a lo que veían sus ojos: ¡el lord estaba jugando en el suelo con el niño! Rechazó amablemente la proposición de tomar parte en él, y dijo al anciano:

—Miloré, es vengo a rogar para que no toméis ninguna determinación seria respecto a Higgins. El pobre hombre tiene que mantener a una numerosa familia, y si le arrojáis de sus campos, morirán seguramente de hambre.

—¿Tenía que cumplir su deber!— gruñó el lord, volviendo a las andadas.

—No temáis, señor— intervino Fauntleroy—. Mi abuelo es muy bueno y no hará tal cosa. Dará una controrden.

La acción apaciguadora del infante obró su efecto.

—¿Por qué no la das tú?— preguntó Devincourt, queriendo poner en un aprieto a su nieto.

Pero éste se dirigió al escritorio y, tras preguntar el nombre del colono, extendió la orden.

—¿Está bien así?— indagó enseñando el escrito a Devincourt.

Leyó éste, y sus labios desgranaron una sonrisa.

—Muy bien. Ahora que la academia de la lengua no sé si aceptaría tu ortografía. Tenga, Mordaunt; desde hoy en adelante Fauntleroy dará todas las órdenes que quiera.

El pastor desapareció, haciéndose cruces. Fauntleroy se sentó en una silla con aire pensativo. Su abuelo lo advirtió.

—¿Qué te sucede, niño?

—Adorada debe de estar pensando en mí. Siempre habíamos estado juntos. Lo había prometido ir a verla hoy.

—No quieras ver la cuadra?

—Me gustaría muchísimo, pero... «Adorada»...

—Anda, vamos a visitarla— dijo Devincourt, tratando de interesar al niño para que olvidase a su madre—. Tengo un regalo para ti.

—Me es imposible; quiero cumplir mi palabra.

—Bien; no te haré quedar mal. El regalo es un petro.

—¡Qué bueno eres!— se admiró, saltando de gozo Fauntleroy—. Mañana lo iremos a montar.

UNA vez en casa de la señora Errol, Fauntleroy invitó a entrar en ella a su abuelo, sin conocer las ideas de éste. Devincourt, creyendo que ya había dado bastantes pruebas de debilidad, negéce, y sintió unos celos profundos al ver el abrazo en que se fundían madre e hijo.

Los días pasaron. La influencia bienhechora de Fauntleroy transformó el carácter del anciano. Los terratenientes y los campesinos estaban admirados, conocedores, como eran, de la misantropía de Devincourt. Todos, quien más, quien menos, tenían algo que agradecerle. En todas las partes se hacían lenguas de su bondad. La madre de Fauntleroy también participaba de esta admiración.

En Devincourt daban una fiesta, como presentación del niño en sociedad. La fiesta era brillantísima. Los parientes y los concurrentes agasajaban a Fauntleroy. Alegremente pasó la noche; al final de ella, Fauntleroy, agotado por el cansancio de tan larga velada, quedó dormido en un diván. Su abuelo le miraba amorosamente. Entró el señor Havisham.

—Miloré, tengo que comunicarte algo de suma importancia.

—Diga, Havisham, diga— contestó amablemente Devincourt, con las miradas fijas en el niño.

—Sé que le herirá profundamente— haciendo un esfuerzo—. Miloré, su primer hijo no murió sin descendencia. Dejó a un hijo; éste y su madre se han alojado en la posada. No se puede imaginar qué gente más grosera.

—¿Qué pruebas tienen?— preguntó anonadado por el golpe Devincourt.

—La fe de bautismo no miente, miloré.

El anciano lord se arrojó a la cabecera del diván en donde reposaba Fauntleroy. Pasó su vieja mano por los negros cabellos del niño, y dijo:

—¡Duerma bien, Fauntleroy!

Cuando el lord vió el aspecto de la mujer y el hijo, a la mañana siguiente, no pudo ocultar su repugnancia. En toda la pseudo-entrevista no dijo ni una palabra. Aquella mala mujer, como la calificaba, se había provisto hasta de un abogado. No se podía alegar nada en cuanto a sus derechos a la herencia. Estos eran innegables. Pero el anciano, en su repugnancia y por temor de verse sin Fauntleroy, trató de luchar hasta el último momento y consultó al mejor abogado del reino. La contestación fue desalentadora; el existía la fe de bautismo, no se podía hacer nada. El terrible golpe agobió a Devincourt.

La señora Errol recibió, por la noche, una visita inesperada. Lord Devincourt iba a verla para comunicarle la terrible desgracia. La entrevista fue penosa para ambos. El orgullo que uno humillaba y el dolor del otro al verle sufrir, hizo que la conversación se resintiera. Al despedirse, lord Devincourt dijo:

—Si la hubiera conocido antes, nada de esto hubiera pasado. Perdón a un anciano ofuscado. Es usted una madre digna de su hijo. Le aseguro que nada les faltará a los dos.

Y se marchó llorando.

EN Norteamérica, cuando el señor Hobbs limpiaba los zapatos a Dick, éste hizo un descubrimiento al leer en el periódico las noticias de la desgracia de Fauntleroy. Fue al ver una fotografía que representaba a la madre cuyo hijo suplantara a Fauntleroy.

—¡Atiza, señor Hobbs! ¿La conoce?— dijo enseñándole el retrato—. ¡Si es Minna, la mujer de mi hermano Ben!

Y cogido a la mano del señor Hobbs, se fueron corriendo a buscar a su hermano.

El resultado de la impostura ya es lo podéis figurar. La estupefacción de Minna al ver a su esposo en Inglaterra no tuvo límites. La partida de nacimiento y la fe de bautismo eran falsificadas. Lord Devincourt, en su desprecio, les dejó marchar sin castigo.

El aniversario de Fauntleroy aquel año no pudo ser más feliz. El anciano lord y el señor Hobbs congratulaban hasta tal punto que parecía imposible. Este y Dick se quedaban en Inglaterra. Después de recibir los parabienes de los aldeanos, por los que era adorado, Devincourt se le acercó.



—Tengo otro regalo para ti. Seguramente será el que te gustará más.

—¿Otro, abuelo?

—Sí, mira hacia atrás.

En una de las ventanas estaba la señora Errol. Fauntleroy corrió hacia ella, exclamando gritos. Cuando madre e hijo estuvieron abrazados, el abuelo les abrazó a su vez. El señor Hobbs, que era espectador de la descrita escena, suspiró, pasándose el pañuelo por la nuca.

—¡Hasta yo tengo ganas de ser conde!

JUANAN

ord.—
bocera
tleroy,
abellos

mujer
pudo
pseudo-
quella
habia
podia
a la
ero al
temor
luchar
el me-
on fue
llamo,
golpe

e, una
iba a
esgra-
ambos,
dolor
conver-
d De-

de esto
ofus-
hijo,
dos.—

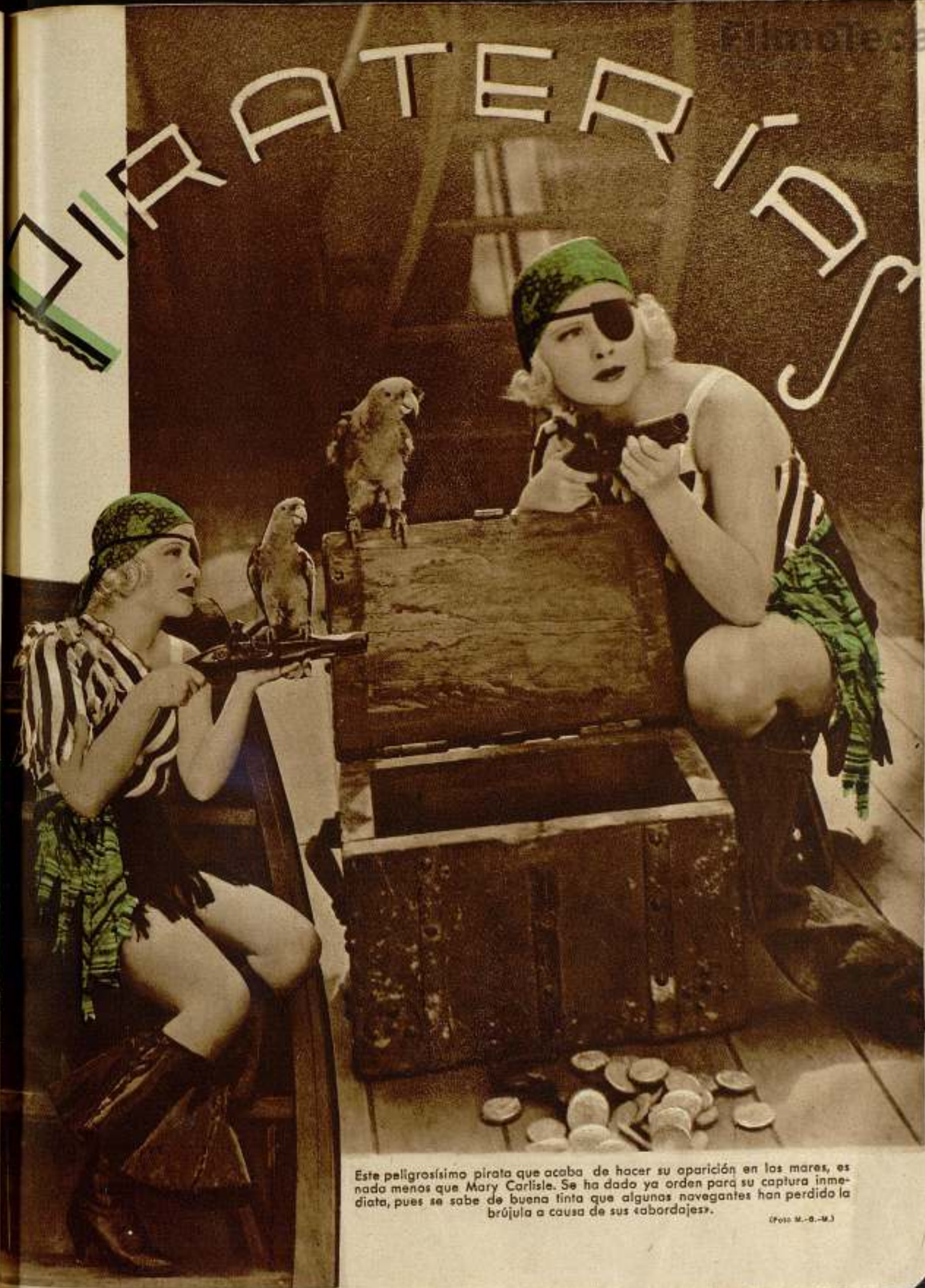
Hobbs
izo un
eo las
y. Fue
ba a la
tleroy,
dijo
na, la

obs, se
no.
lo pò-
una al
limi-
e bau-
rt, en
astigo.
el año
torá y
ta tal
Dick
de re-
por los
ceró.

mento

señora
exha-
stavi-
u vez,
de la
pañue-

ANAN



Este peligrosísimo pirata que acaba de hacer su aparición en los mares, es nada menos que Mary Carlisle. Se ha dado ya orden para su captura inmediata, pues se sabe de buena tinta que algunos navegantes han perdido la brújula a causa de sus «abardajes».

(Foto M.-B.-M.)

Filmoteca
FILMS SELECTION



Fred
Astaire.

(Photo: Hertz)